

EUGENIA GRANDET

LOS AVAROS DE PROVINCIAS

Existen en ciertas capitales de provincias casas que inspiran una melancolía igual á la que sugieren los más sombríos claustros, landas más desiertas ó las ruinas más tristes. Tal vez en esas casas se funden al silencio del claustro, la aridez de las landas y los despojos de las ruinas. La vida, el movimiento, son en ellas tan tranquilos, que un extranjero las supondría deshabitadas si no le sorprendiese de pronto la mirada fija de alguien, asomando su rostro casi monástico por una ventana al oír el ruido de pasos desconocidos. De tan melancólico aspecto participa un edificio situado en Saumur al extremo de la empinada calle que conduce al castillo por la parte alta de la población. Esta calle, actualmente poco frecuentada, cálida en verano, fría en invierno y tenebrosa en algunos parajes, es notable por la sonoridad de su suelo empedrado, limpio y seco siempre; por la estrechez de su vía tortuosa y por la par de sus casas, que pertenecen á la ciudad vieja y dominan las murallas. Algunas, tres veces seculares pero sólidas aún á pesar de que fueron construídas con madera, y los paisajes diversos que ofrecen, contribuyen á dar á aquella parte de Saumur cierta originalidad que despierta la atención de anticuarios y artistas. Es raro, pasar por delante de estos caserones sin admirar sus enormes vigas rematadas por extrañas figuras y que coronan con un bajo relieve el piso bajo de la mayoría de

ellas. Aquí piezas de madera transversales, cubiertas con pizarra, dibujan líneas azules en las frágiles paredes de un edificio cuyo tejado, en pendiente, está formado por tablones que los años han torcido y lustrados por la acción alternativa de la lluvia y el sol; allá, alféizares de ventana, viejos y ennegrecidos cuyas delicadas esculpturas apenas se perciben y parecen demasiado ligeros para sostener el tiesto de arcilla negruzca donde brotan los claveles ó las rosas, de alguna pobre obrera. Más lejos, puertas guarnecidas de esos clavos enormes donde las genialidades de nuestros antepasados trazó jeroglíficos domésticos cuyo sentido no se desentrañará nunca. Tan pronto un protestante hizo constar su fe, como un partidario de la Liga expresó su odio á Enrique IV.

Algún burgués grabó allí las insignias de su «nobleza parroquial», la gloria de su olvidado regidorato. En estas huellas se lee toda la historia de Francia. Al lado de la frágil casa construída con ripios y cascote donde el artesano deificó sus herramientas, se levanta el palacio de un noble sobre cuya puerta con dintel de piedra subsisten aún algunos vestigios de su escudo y armas, destrozados por las diversas revoluciones que desde 1789 agitaron el país. En esta calle, los pisos bajos de los comerciantes no son ni tiendas ni almacenes y los aficionados á antigüedades podrán ver en ellos el taller de nuestros abuelos